

FAX. Nº. 323.10.46

EL PERIODICO

Xavier Cmaprecios

Continua

3 pag.

MONTAIGNE Y EL NUEVO MUNDO

José Agustín Goytisolo

El autor de los Essais fue el primer intelectual que supo pre-
veer la revolución que, en el ~~acervo~~ común europeo y en todos los
ámbitos del saber, iba a despertar el conocimiento de un nuevo y gran
espacio, la incorporación del Nuevo Continente al mundo hasta en-
tonces conocido. Un año después de celebrarse el quinto centenario
del Descubrimiento, o del Encuentro Entre Dos Culturas, si prefie-
ren, Levi-Strauss afirma que Montaigne sí intuyó y escribió sobre
lo que éste hecho podía influir en las ideas filosóficas, políticas
y religiosas de nuestro Viejo Continente.

Hasta aquel momento, la opinión pública más culta no parecía tur-
bada por el hecho dramático de que Europa era sólo una pequeña par-
te de la Tierra. Montaigne escribió: "El descubrimiento de una infi-
nita extensión de tierra firme, y no una isla o una región muy limi-
tada, no ha representado para casi nadie algo sorpresivo: la gente
piensa en el Edén, en la Atlántida, en el Jardín de las Hespérides
o en la Islas Afortunadas. Se vuelve, pues, a la Biblia, a los mi-
tos griegos y latinos."

Acierta Levi-Strauss: Montaigne empezó muy pronto a reflexionar y
a recoger información sobre el Nuevo Mundo. Sus fuentes fueron dos:
los Cronistas de Indias españoles, y los escritos de una expedición
francesa al Brasil. Con alguno de los expedicionarios pudo hablar
personalmente, e incluso pudo ver a un indígena selvático de la
Amazonía, que un navegante se trajo a Rouen. Luego supo de México y

Montaigne 7 2

del Perú, y estudiando los datos que le llegaban, vió que eran dos civilizaciones auténticas y diferentes, que nada tenían que ver con las tribus atrasadas y salvajes de Brasil y de la América tropical.

Aztecas e Incas poseían ciudades de alta densidad y grandes edificios y templos, y una organización cruel, pero eficaz y refinada, y con seguridad hubiesen llegado, dice, de no irrumpir los españoles, a un nivel cultural parecido al de los griegos o romanos. Pero las corazas, las armas blancas de acero y las armas de fuego de los españoles, no las poseían ellos. Montaigne afirma que entre civilizaciones existen discordancias de desarrollo que, como en el caso del armamento o de la alimentación, pueden desequilibrar la balanza en favor de una de ellas, no necesariamente la más culta.

Levi-Strauss señala que Montaigne, al parecerle imposible descubrir cualquier clase de fundamentos naturales entre las dos grandes culturas americanas y las de Europa, sólo encuentra dos posibles soluciones. La primera sería remitirse al tribunal de la razón, según el cual todas las sociedades, pasadas o presentes, pueden llamarse bárbaras si están en total desacuerdo con nuestra cultura y nuestras costumbres. La segunda solución sería llamar bárbaro -extranjero o extraño- a todo pueblo de diferente idioma, raza o religión, aunque tengan costumbres parecidas a las nuestras.

En cuanto a las tribus selváticas de Brasil o de América tropical, Montaigne se pregunta: "¿Cuál es la naturaleza de su vínculo social?" Con sólo esta interrogación, que él responde no más que fragmentariamente, Montaigne pone las bases teóricas sobre las que Hobbes, Locke y Rousseau construyeron la filosofía política de los siglos XVII y XVIII. Según Levi-Strauss señala la continuidad del salto entre Montaigne y Rousseau: el Contrato Social de este último procede de una reflexión acerca del Discurso sobre el origen de la desigualdad,

Montaigne 3

escrito por Montaigne. Esta línea desembocaría mucho más tarde en las doctrinas políticas que hicieron posible la Revolución Francesa.

Las dos perspectivas que surgen del razonamiento de ese gran escéptico que fue el autor de los Essais (que eligió como lema personal la pregunta: Que sais-je?), ^{ninguna/} se ha impuesto o ha sido elegida como la única válida. La Filosofía Materialista somete todas las sociedades, históricas o actuales, a una crítica basada en las condiciones objetivas de cada época, y acaricia la utopía de una sociedad racional igualitaria. La Filosofía Relativista, en cambio, rechaza cualquier criterio absoluto en base al cual una sociedad pueda intentar emitir un juicio sobre otras culturas diferentes, aunque sí puede tener intercambios comerciales beneficiosos con ellas y tratar de atraerlas a su modelo "más desarrollado". En el caso materialista, el peligro es imponer dictaduras a otros países, y en el caso relativista, lo que se impone es el colonialismo. Naturalmente, entre ambos extremos caben soluciones mixtas, que atenúen la brutalidad de los modelos rígidos. Pero en este abanico de posibilidades se anda debatiendo la humanidad, en guerras en las que se invocan las diferencias de raza, nacionalidad o religión, factores todos ellos que enmascaran, en cualquier modelo de sociedad, los auténticos móviles en conflicto, y que son la dominación económica, a través de la dominación política.

Desde hace cuatro siglos y hasta hoy, dice Levi-Strauss, nadie ha sabido resolver las cuestiones que de un modo profundo y luminoso planteó Montaigne. Fue un hombre sincero, culto, inteligente y escéptico, que odiaba la violencia, el fanatismo y la opresión.